

DOMINGO MILIANI*

Gregory Zambrano

Universidad de Los Andes
Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Letras.

Decía José Martí que *hacer* es la mejor forma de *decir*. Esta frase, que ha tenido tantos usos impregnados de un alto sentido de la moral y la ética, no podría ser más justa si en la misma medida permite caracterizar toda una conducta sostenida en los valores de la modestia y la humanidad. Domingo Miliani es uno de esos hombres de los cuales podríamos enumerar bondades, hallazgos, empresas culturales, toda una labor de fundación que se encamina por las sendas del hacer consciente, que a la larga confirma una virtud de permanencia.

En esta sala estamos reunidos muchos discípulos, colegas, amigos y lectores de Domingo. Hace un año apenas, en la celebración de la V bienal de Literatura, lo tuvimos entre nosotros, hablando sobre Mariano Picón-Salas, con esa jovialidad, su vitalidad contagiosa, y al mismo tiempo la lucidez de esa palabra con que construía los caminos del viajero impenitente que no solo hablaba de errancias sino que las ejercía. La admiración de Domingo por el pasado remoto de nuestro país lo llevó a indagar con la devoción de un humanista, en todo lo que significó la construcción de la cultura nacional. Su acercamiento a los hechos, a las figuras emblemáticas, a los hombres esclarecidos es lúcido y luminoso, y

* Palabras de presentación en el Foro-homenaje, realizado en la Cátedra "Simón Bolívar" de la Facultad de Humanidades y Educación, el 27 de noviembre de 2002.

permiten seguir no solo los avatares de muchos de los grandes venezolanos del pasado, sino la impronta que su huella ha dejado como herencia duradera entre nosotros. Pero no solo eso, sino que estuvo siempre atento a lo que se escribía y se editaba, en qué andaban los escritores venezolanos, los viejos y los “pinos nuevos”, pero también los de otros países latinoamericanos. Y en sus enfoques sobre la literatura construía valoraciones que eran un ejercicio pleno de actualización metodológica, de discusión de orientaciones novedosas, que él mismo a veces, haciendo gala de su humor, llamaba pedanterías teóricas.

Miliani tenía una idea de país como tenía una idea de cultura, abierta, dinámica, y eso es camino grato de seguir, como una preocupación no solo declarada sino construida con un hacer paciente, que fue plasmando en muchos de sus libros. Y qué decir de su labor al frente de importantes instituciones educativas y culturales venezolanas: la Biblioteca Nacional, El Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, el Museo de Ciencias, en fin...

Sería largo enumerar sus obras, las publicadas y las que seguramente irán apareciendo. Pero quiero resaltar esta mañana la condición humana de Domingo, esa que prevalecía por sobre los compromisos de la formalidad, pues siempre, donde estuviera, bajo las responsabilidades y misiones que le exigieron su participación, estaba Domingo presto para atender la consulta, para dar su consejo, emitir una opinión, sumarse sin más condiciones a la colaboración con aquello que fuera siempre una forma concreta de hacer por el país, por su historia y su cultura. Con su amplia sonrisa de campesino que supo entender, o mejor, lo sabía muy bien, que entre la academia y el tractor hay un camino por labrar que es el país. Sobrarán las anécdotas del hombre generoso que hoy recordamos, pero quiero compartir con ustedes, sobre todo porque hay aquí muchos jóvenes estudiantes, lo que una vez nos contara a Gonzalo Fraguí, a Eduardo Rivero, a Gerardo Hernández Morón y otros amigos. Hablaba “de cuando la literatura viaja en tractor” (título de una entrevista publicada en el diario *2001* hace ya algunos años). Recordaba cómo, en su entrañable Boconó, después de las faenas propias del campo, entre la preparación de la tierra, la siembra y la cosecha del café, leía con sus trabajadores cuentos de Gallegos, de Uslar Pietri, les hablaba de la literatura y sus cultores, les contaba anécdotas de los poetas y les leía poesía. Un día, en que estaban

desbrozando maleza, vio cómo los obreros se tardaban en cumplir la tarea y pasando el tiempo vinieron a consultarle qué debían hacer; pues entre un pequeño arbusto habían advertido un nido con sus pichones, y se habían detenido, cautos, para no echar a tierra ese otro territorio de la vida que crecía allí.

Domingo se alegraba al contar cómo en esa decisión de resguardo, de amparo, probablemente habían influido aquellas jornadas de lectura, que resultaron ser una forma de sensibilización.

La Universidad de Los Andes, la Facultad de Humanidades y Educación, la Escuela de Letras, fueron el escenario para ese hacer que ha dejado una profunda y enriquecedora huella.

Noviembre 27, 2002.